

París, 18

LARA SISCAR MORELL

07:30 am

Cintia bosteza por segunda vez consecutiva mientras el traqueteo del metro la mece con energía.

Está sentada en uno de los asientos sucios del metro de París, con la cabeza apoyada contra la ventanilla y pensando en qué momento decidió que era una buena idea levantarse de la cama esa mañana y perder casi una hora de su tiempo atrapada en el transporte público solo para asistir a unas clases que no podrían importarle menos. Podría seguir metida en la cama.

Cierra los ojos y vuelve a bostezar.

A todas nos gustaría que los cambios fuesen siempre tal y como nos lo imaginamos.

Bonitos, positivos, esperanzadores. Una puerta abierta a un mundo de nuevas posibilidades.

La realidad de todo esto es que la vida no siempre te ofrece lo que estabas esperando.

Atreverse a vivir nuevas experiencias y aceptar nuevas etapas significa moverse en un entorno complejo. Y simplemente, las cosas no siempre salen como querías.

Se abren las puertas del metro. Cintia sale del vagón, sube las escaleras en dirección a la calle y la silueta de su universidad empieza a dibujarse a medida que sube.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se le empiezan a acelerar un poco las pulsaciones. La ansiedad empieza a tomar el control. Hay cosas que no se pueden controlar simplemente porque queremos hacerlas desaparecer. Intenta poner el piloto automático y no pensar en su situación, porque eso la hace sentirse mucho más estresada y todavía más triste.

A Cintia le encantaría desvanecerse. Estar muy lejos de allí. En otra ciudad, con sus amigas de siempre. Asistiendo juntas a las mismas clases, en la misma universidad de la ciudad a la que prometieron mudarse juntas una vez terminaran el instituto. Se pregunta constantemente si tiene algún sentido seguir en esa ciudad, lejos de todos a los que quiere y en un ambiente que le es completamente hostil.

No ha sido capaz de explicárselo a nadie. Ni siquiera a la que fue su confidente durante tantos años...pero en esta nueva ciudad, rodeada de tanta gente que no la entiende, ni conoce, ni tienen intención de hacerlo, se siente sola. Todos los días se levanta excesivamente

temprano. Tan temprano que resulta casi inmoral, pero la beca no le servía para alquilar un piso tan cerca del centro y de su universidad. Vive en las afueras, como la gran mayoría de sus precarizados compañeros, pero no ha conectado con nadie. Suena triste decirlo, pero en los últimos tres meses no ha conocido a nadie a quien poder llamar «amigo». Lloro de vez en cuando, pero intenta no pensar demasiado en ello porque se deprime y se ha prometido a sí misma aprovechar esta experiencia.

Pero no es capaz de hacerlo.

Entra por la puerta de su universidad y de camino a su primera y tediosa clase del día, echa un vistazo a las redes sociales y encuentra fotos de la última fiesta a la que acudieron sus amigas la noche anterior, a cientos de kilómetros de distancia. Disfrutan de una vida universitaria que ella no está teniendo y siente un poco de envidia. Distingue caras desconocidas en dichas fotos y desearía poder conocer a las nuevas amistades de sus chicas. Piensa que podrían haber sido amigas y quedar los sábados por las mañanas a desayunar para luego acabar en la biblioteca, dándose ánimos las unas a las otras.

Su realidad es muy distinta.

Cuando llega a su clase y ve a todos sus compañeros reunidos en diferentes grupos, se siente bloqueada como cada mañana. La gran mayoría de sus compañeros se conocen desde siempre y desde el primer día formaron sus grupos en base a ello. Intenta establecer contacto con alguno de ellos para iniciar una

conversación que le permita acceder al grupo, pero, otra vez como cada mañana, nadie le dirige más de un apático «buenos días» y una mirada cautelosa.

Ni siquiera las clases. Ya ni siquiera siente que haya sido una buena decisión inscribirse en la que creía que era la carrera de sus sueños. No siente la misma ilusión por las materias que sentía los primeros días. Ni por la suerte que cree que tiene al estar estudiando en un lugar tan prestigioso. Todo se ha vuelto tedioso, sinsentido y cree que probablemente no esté hecha para seguir ese camino. Quizá se ha equivocado. ¿Sigue teniendo derecho a equivocarse, cierto?

Cintia se siente minúscula. Solo tiene ganas de volver a casa.

Algunos días se pregunta qué habría pasado si hubiera decidido renunciar a esta oportunidad en el extranjero. ¿Se habría arrepentido? Tal vez las cosas no habrían cambiado demasiado...

No podemos predecir cómo va a desarrollarse nuestro futuro. Lo único que podemos hacer es tomar una decisión, y adentrarnos en el camino que se nos abre. El resto de consecuencias son daños colaterales.

¿Quién fue la primera persona en decir que la etapa universitaria es la que marca el resto de nuestra vida y por qué decidir marcar un precedente tan extremo? ¿Quién dijo que los amigos que se encuentran durante esos años son los que te acompañarán durante el resto de tu vida?

¿Qué ocurre con toda la gente a la que ya conocías? ¿Desaparecen de tu vida? ¿Se convierten en desconocidos?

Ninguna etapa es eterna. La etapa universitaria no tiene por qué ser el condicionante del resto de tu vida, ni la gente a la que conoces en esos años tiene por qué ser a la que conservarás hasta que acabéis en la misma residencia, 50 años más tarde. No se sabe cuándo conocerás a la persona que cambiará el rumbo de tu vida, ni a la que hará que dejes esas costumbres malas que llevas arrastrando desde el instituto o ni tan siquiera cuándo conseguirás encontrar aquello por lo que levantarse con ganas cada mañana.

La vida no es una carrera. Todos avanzamos a nuestro ritmo.

